

samente utilizables (y utilizados por Benet y otros novelistas «difíciles») en aleación con el humor, gemelo del acaso, que se seguía de esos tan revolucionarios paradigmas, en el campo de las ciencias de la naturaleza, incorporados con mayor parsimonia, a escrituras, ideas y creencias.

Dicho lo anterior, hemos de volver al Numa, ese emblema de Región, esa figura, acaso la más importante, sin duda la más fascinadora de ese universo ficcional. Pero antes, no puedo sino hacer un brevísimo excursus sobre el significado mítico del medio donde vive el Numa, esto es, del bosque de Mantua, cuya soberanía e influjo, hay que decirlo de entrada, irradia mucho más de lo que su delimitación espacial podría indicar. La simbología, en Juan Eduardo Cirlot, por ejemplo, asocia el monte tupido y casi impenetrable, a potencias opuestas a las solares y conexas con la tierra. El ambiente sombrío y poco tranquilizador de ese espacio, lo conecta Jung, por su parte, con el aspecto también peligroso del inconsciente, con su naturaleza devoradora y ocultante de la razón del hombre. Ello explica que los bosques fueran los primeros lugares de culto propiciatorio y aplacador de los dioses, a través de ofrendas, suspendidas de los árboles. El bosque de Mantua, por otra parte, comparece en ocasiones con atributos humanos: piensa, desea, opina, siente. Tal humanización de lo telúrico, vendrá contrabalanceada por una condición cósmica del guardián, es decir, mítica a la máxima potencia.

El Numa, que algo tiene también de esos dioses bárbaros, de algún modo aparece, por oblicuo o elusivo que sea el modo, en casi todas las narraciones que transcurren en ese territorio de invención. La descripción física del Numa es tan madrugadora en Benet, como para avistarse en las primeras páginas de *Volverás a Región*, a mi juicio, y creo que Benet pensaba lo mismo, el buque insignia de toda la flota regionata. Uno no sabe que admirar más en los trazos del personaje, de una economía y potencia poética que nada ha de envidiar a la tragedia griega o al teatro shakespiariano. Se trata de un viejo pastor tuerto, astuto y cruel, vestido de pieles, calzado de cuero y con pinta de tártaro, que recorra el monte «con los ojos cerrados» y en otoño, cuando finaliza la temporada de caza, «acostumbra a cantar una canción muy larga y muy triste que viene a durar unos diez o veinte días». Tal desam-

parado retrato, no debe mover demasiado a compasión, ya que Numa es un ser temible, un asesino desalmado. En todo caso, ese perfil es sobrepujado por otras connotaciones, no menos propias del sujeto: por ejemplo, su existencia tan sólo conjeturable, nunca segura, pues nadie lo vio y, si lo hizo, no vivió para contarlo; al respecto es señalable el estado de alerta en que vive, en cuanto a todo elemento que amenace con invadir la propiedad, estado de alerta que, sin embargo, parece quedar desmentido en *Numa (Una leyenda)* tras esa hipnosis mística de la lámina fluvial de agua, que va invadiendo una ladera del monte, un éxtasis que le impide volver la cabeza (y son las últimas seis palabras del relato) «ante el crujido de la hojarasca». Benet, con astucia suma, no dice más, ahí concluye el texto, pero no la deseable coda imaginativa a cargo del lector que lo ha seguido.

La función guardiana del Numa es tan abarcadora como para incluir, en realidad, un tutelaje producto de cierto trato, que echa sobre el guarda responsabilidades conminatorias, incluso trágicas, pero inconcretables, que tienen que ver con la preservación a rajatabla de un cierto orden natural pero asimismo de la estabilidad social, descargando de esa tarea a los otros, a una tampoco muy concretable comunidad. A causa de tal asunción, no ha faltado crítico que ha querido ver en el terrible celador, una velada alusión a los poderes de un dictador, en el que se adivinaría en filigrana el perfil del general Franco. Tengo para mí, que acaso sea ir demasiado lejos, pero ninguna hipótesis puede ser descartada, por designio de la poética y el plan que guía y gobierna el texto. Lo que sí aparece en el relato, no podía ser de otra manera, siempre a lo lejos, en el espacio y en el tiempo, es la guerra civil en Región: un par de frases informan de confusos y luctuosos hechos de armas. En todo caso, y aludiendo a esa asunción de responsabilidades (y culpas) la suposible primariedad espiritual del Numa, queda a veces desmentida, Benet pone en su boca o pensamiento, una reflexión que rebosa lucidez por parte del feroz custodio: él se encarga de mantener una paz que, por sus métodos, no puede ser más que delictiva, injusta y «ruin», en tanto que la tranquilidad fuera ya de Mantua, la deja y sabe a cargo y bajo la responsabilidad de sus pobladores. Un apaño chapucero, que pudiera ser cualquier cosa, menos un «pacto entre caballeros».

Es evidente que la potentísima figuración del Numa, aun siendo muy personal, no surgió «ex nihilo». Tiene su estirpe, en la que reconoceríamos desde el ángel provisto de la espada flamígera que expulsa del Edén a Adán y Eva, tanto en el relato bíblico como en el gran poema de Milton, texto muy frecuentado por Benet. La temible esfinge de la mitología griega también sería de esa familia de cancerberos, como el Minotauro, por deslizamiento o metamorfosis del bosque en laberinto, nada forzados por cierto.

El texto de «Numa: una leyenda», se compone de dos partes bien diferenciadas, estructural y estilísticamente: una primera, escarpada y abrupta, llena de meandros, incisos, distingos, conjeturas e hipótesis, engastados en oraciones subordinadas y paréntesis que enmarcan a otros, esto es, todo el tan endiabrado como riquísimo tejido retórico, tan grato al autor. En esta parte, que cubre los dos tercios aproximadamente del total, Benet agota prácticamente toda la combinatoria y las variaciones imaginables de los vínculos, físicos y anímicos, que pudiera mantener el guadián (no se olvide, siempre de existencia hipotética) con los elementos de la naturaleza, las personas e incluso con categorías más o menos abstractas (el «numen», la «propiedad», los «principios», el «mandato», etc.) que con él se relacionan. La alternancia y concatenación de figuras de lengua, es literalmente deslumbradora, uno de los más altos ejercicios de virtuosismo y poderío del narrador. Toda esta parte, más que ecos faulknerianos, parecería emparentada, con el Kafka de *El castillo*, por su indeterminación, carácter nebuloso, irrealidad a entidad fatalmente inconcreta y conjetural.

En la parte segunda, la escritura se destraba y corre con mucha fluidez por sus cauces, a causa sin duda de la dinamizadora y tensa peripecia que cuenta: un enfrentamiento a muerte entre guarda e intruso, que se resuelve en el abatimiento de éste último.

Cuando en su día leí y releo ahora este tramo, de inmediato soy asaltado por imágenes visuales superpuestas al texto, de mucha pregnancia y relieve, que yo asocio a alguna de esas grandes y demoradas secuencias de peleas a muerte que, en paisajes accidentados y calcinados por el sol –aunque de sobra sé, que el bosque mantuano es más bien lóbrego– han filmado, en *westerns* ya clásicos, realizadores de genio como John Ford, Raoul Walsh,

Anthony Mann o King Vidor. Esa energía, gusto por el detalle mínimo del escenario y máxima concisión verbal, es también la de la prosa de Benet, en las páginas terminales, que se cierran en un giro cósmico, enigmático y abierto, no frecuente ya, en esos grandes *films*.

A la memoria del lector curtido en Benet o a la curiosidad del aún novicio, dejo ya, pues el tiempo manda, la búsqueda, captura y arqueo de otras apariciones, epifanías o simples citas, en la obra de su creador, del Numa, esa cifra seminal y acaso emblema central, el más alto y mítico, de todo el ciclo de Región, universo literario autónomo, sustentado, como ha apuntado con sagacidad algún estudioso, en dos pilares básicos: la pasión y la clausura. Benet, como esos grandes poetas de lo sombrío, en cuya estirpe lo veo y sitúo, siempre da ciento por uno, aunque pida un pequeño esfuerzo, por respeto al lector, al escritor mismo y a su alto concepto del arte de la palabra **©**